PG3467
.M4
M8
V.1

FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

IMP. DE LA CASA EDITORIAL MAUCCI.—BARCELONA

La Muerte de los Dioses

PRIMERA PARTE

I

A veinte estadíos de Cesárea, en Capadocia, en la ladera arbolada del monte Argos, cerca de la carretera romana, brotaba una fuente de agua caliente, reputada por sus virtudes medicinales. Una lápida de granito, adornada con groseras esculturas y con una inscripción griega certificaba que el manantial había estado en otro tiempo consagrado á los hermanos Dioscuros, Cástor y Pólux, lo que no era obstáculo para que la reproducción de estos semidioses paganos se conservara intacta como la per-

010800

sonificación de los santos cristianos Cosme y Damián.

En la otra parte de la carretera, frente á la fuente sagrada, se elevaba una tabernucha, cubierta de rastrojo, contigua á un establo sucio, y á un cobertizo donde picoteaban gallinas y ánades.

En esta taberna, de la que era dueño el mal famado armenio Syrax, podían encontrar los parroquianos, queso de cabra, pan moreno, miel, aceite de oliva, y un vinillo áspero, producto de los viñedos de la comarca.

Un tabique separaba la taberna en dos partes: una destinada á los plebeyos; la otra á los concurrentes de clase más elevada. Del negruzco techo pendían trozos de carne ahumada y olorosos manojos de hierbas de montaña, atestiguando que Fortunata, la mujer de Syrax, era una excelente dueña de casa, lo que no paliaba en un punto la mala reputación de la taberna.

Los viajeros que por aquel sitio pasaban de noche no se atrevían á detenerse, recordando los relatos que habían oído referentes á los tenebrosos planes urdidos en aquel antro, sin que Syrax hubiese sido nunca molestado por la justicia, gracias á la largueza y habilidad con que repartía el dinero.

La separación de los dos compartimientos de la taberna, se había hecho con dos delgadas columnas, sobre las cuales, se había colgado, á modo de cortina, una raída y descolorida clámide de Fortunata. Las columnas tenían ligera aproximación al estilo dórico y eran el orgullo de Syrax, que no tenía otro lujo en la taberna. En otro tiempo habían

sido doradas, pero en la actualidad estaban desconchadas y en estado deplorable.

La tela de la clámide había perdido el color violeta vivo que de nueva tuvo, para tomar un tono azulado sucio sobre el que destacaban numerosos remiendos é innumerables manchas, procedentes de todos los desayunos, comidas y cenas, que recordaban á la laboriosa Fortunata sus dos lustros de vida conyugal.

En la parte aseada de la taberna, sobre el único y angosto lecho, ante una mesa, sobre la cual estaban servidas algunas copas, se arrellenaba Marco Escuda, tribuno romano de la 9.ª cohorte de la 16.ª legión. Provinciano con ínfulas de elegante, tenía uno de esos rostros ante los cuales los esclavos y las cortesanas de segundo orden exclamaban con admiración sincera: «¡Hermoso hombre!»

A sus pies, en una posición incomodada y respetuosa estaba sentado un hombre rechoncho y coloradote, de cráneo reluciente, en el cual, los escasos cabellos grises caían hacia las sienes: era Publio Aquila, centurión de la 8.ª centuria.

Más allá, echados en el suelo, doce legionarios jugaban á las tabas.

—¡Por Hércules!—dijo Escuda,—que preferiría ser el último en Constantinopla que el primero en este nido de ratones. ¿Es esto vivir Publio? ¡Responde sinceramente! ¿Es vivir esto? Pensar que fuera de las legiones y de los campos el porvenir no nos reserva nada. ¿Estaremos destinados á asfixiarnos en este charco nauseabundo sin poder conocer el mundo?

—Cierto,—respondió Publio.—Hay que reconocer

que aquí no es la vida muy alegre; pero en cambio, ¡qué tranquila!

El centurión estaba atento al animado juego de los legionarios. Simulando que escuchaba á su superior, aprobando cuanto decía, seguía con la vista el juego de los soldados y pensaba: «Si el rojo da bien la vuelta ganará seguramente.»

Por cortesía, Publio, preguntó á Escuda, aparentando que la conversación le interesaba:

—¿Por qué has despertado la cólera del prefecto Helvidio?

—La causa es una mujer; sí, una mujer...

Y Marco Escuda en un acceso de locuaz sinceridad confió misteriosamente al oído del centurión que el prefecto, «ese viejo cabrón de Helvidio» estaba celoso, á causa de los favores especiales que le otorgaba una cortesana de Libia.

Escuda desea volver á la gracia del prefecto prestándole algún servicio importante. Tiene formado su plan.

No lejos de Cesárea, en la fortaleza de Macelo, habitan Juliano y Galo, los primos de Constancio, el emperador reinante, sobrinos de Constantino el Grande y los últimos vástagos de la desventurada familia de los Flavios.

Temeroso de sus rivales, Constancio, ha asesinado al subir al trono, á su tío Juliano Constancio padre del Juliano y Galo y hermano de Constantino. Juliano y Galo han sido encerrados en el solitario castillo de Macelo, donde viven dominados por el temor incesante de la muerte. Sabedor de que el nuevo emperador detesta á los dos huérfanos, que le recuerdan su crimen, Helvidio, prefecto de Cesá-

rea, quiere y teme al mismo tiempo, adivinar la voluntad de su señor.

El hábil tribuno Escuda, soñando en la posibilidad de prosperar en la corte, ha deducido de las palabras de su superior que éste no se atrevía á tomar sobre sí la pesada responsabilidad de un crimen, mas á la vez temblaba á la idea de que el rumor que circulaba sobre el proyecto de fuga de los herederos de Constantino se trocara en realidad. Escuda se había decidido á trasladarse á Macelo para apoderarse de los prisioneros y llevarlos á Cesárea custodiados por sus legionarios, proyecto factible, porque nada había que temer de dos huérfanos de corta edad, abandonados de todos y odiados del emperador.

Escuda contaba reconquistar por esta acción valerosa los favores del prefecto Helvidio, perdidos por culpa de la hermosa libia.

No obstante, desconfiado, sólo comunicó á Publio una parte de sus planes.

—¿Qué harás después, Escuda? ¿Has recibido instrucciones de Constantinopla?

—Nada se me ha dicho, ni nadie sabe nada de lo que intento; pero los rumores que circulan, las frases cogidas al vuelo, las amenazas, las alusiones, los secretos, los misterios sin fin... ¿comprendes?... cualquier imbécil que tuviera decisión acertaría á ejecutar lo que está seguramente pensando. No se trata más que de adivinar los deseos tácitos del señor. La recompensa no se haría esperar. Probemos nosotros. Lo principal es ser audaz y caminar sobre seguro poniéndose al amparo del santo signo de la cruz... Publio, me fío de tí. Posible es que muy

pronto bebamos tú y yo en la corte un vino mejor que éste.

A través de una ventanita con reja, filtraba la luz mortecina y pálida de un triste crepúsculo. La lluvia caía monótona. Un débil muro de arcilla agrietado, separaba la taberna del establo. Se sentía el penetrante olor del estiércol y se oía el cacareo de las gallinas, el piar agudo de los pollos y los gruñidos de los cerdos. El ruído regular de un líquido que caía en su vaso sonoro hacía presumir que la tabernera ordeñaba la vaca. Los soldados discutían las jugadas y se querellaban en voz baja. Arrastrándose por el suelo, un cerdo forcejeaba para sacar el hocico por entre los juncos entrelazados que cerraban la pocilga mal oliente; aprisionado en la estrecha trabazón, no acertaba á retirar la cabeza y gruñía dolorosamente.

Publio exclamó:

—¡Por Júpiter! estamos más cerca del corral que de la corte.

Su inquietud se había disipado. El tribuno, después de su excesiva charla, se sentía también triste. Miró alternativamente al cielo gris que se deshacía en agua, al hocico aprisionado del cerdo, el espeso poso que el vino había dejado en las copas, á los legionarios sucios, y se encolerizó de repente.

Dió un puntapié á la mesa que se balanceó sobre sus pies desiguales.

—¡Ah! ¡canalla! ¡bandido Syrax!... ¡Ven aquí!... ¿Qué vino es ese? ¡maldito!

El tabernero acudió al llamamiento. Tenía el cabello y la barba rizadas en finas sortijas, negros como el ébano, con reflejos azulados, por lo que solía decir Fortunata en accesos de ternura conyugal que la barba de Syrax se podía comparar á un racimo de uvas de Samos. Sus ojos eran también negros y extraordinariamente brillantes, y de sus labios de púrpura no desaparecía jamás una sonrisa falaz. Parecía una caricatura de Baco, y de cualquier modo que se le mirara se le veía agradable en apariencia, malo por dentro.

Ante la cólera de Escuda, el tabernero tomó por testigo á Moisés y Deidamio, Cristo y Hércules, de que su vino era excelente; pero el tribuno insistió declarando que él sabía en qué casa había sido asesinado pocos días antes, Glabión, rico mercader de Pamfilo, y que estaba resuelto á denunciar á Syrax.

Asustado el armenio corrió á la cueva de donde volvió llevando triunfalmente una botella extraña, ancha, aplastada en la base y delgada de cuello, enteramente recubierta de polvo que atestiguaba su vejez. A través de la capa formada por los años, se veía en algunos sitios el vidrio no muy transparente, y sobre el marbete de ciprés atado al cuello se podía descifrar las letras iniciales de *Anthosmium* y debajo *Annorum centum.*

Pero Syrax aseguraba que ya en el reinado del emperador Diocleciano, era centenario, el vino aquel.

—¿Vino negro?—preguntó Publio con respeto.

—Como la brea y perfumado como la ambrosía... ¡Eh! Fortunata. Para este vino son necesarias copas de cristal. ¡Y tráete de la nevera nieve bien blanca!

Fortunata sirvió dos copas. Su rostro respiraba

salud; tenía una blancura de manteca y respiraba todo el frescor de los campos.

El tabernero contempló la botella con amor, y hasta llegó á darla un beso. Después, quitó con precaución la capa de cera que cubría el tapón. El vino negro, espeso y oloroso, caía derritiendo la nieve, mientras el cristal de las copas se empañaba á la acción del frío.

Entonces Escuda, que estaba tocado de la manía de aparecer erudito, (era capaz de confundir á Hécube con Hécate) pronunció con énfasis el único verso de Marcial que sabía de memoria:

Cándida nigrescant vetulo crystalla Falerno!

—Espera. Ahora os parecerá aún mejor.

Y Syrax metió la mano en el bolsillo, sacó un diminuto frasco, y con sensual sonrisa vertió en el vino una gota de valioso cinamomo árabe. Cayó la gota y se disolvió en el líquido negro. Un perfume singular y capitoso llenó la estancia.

Mientras el tribuno bebía lentamente, Syrax hacía chasquear la lengua murmurando:

—¡Los vinos de Biblos, de Marotea en Tracia, de Latea en Qíos, de Icaria... no valen nada junto á éste!

La noche cerraba, y Escuda dió la orden de marchar. Los legionarios se pusieron la armadura, sujetaron la greba que protegía la pierna derecha y tomaron el escudo y la lanza.

Cuando entraron en la primera sala, los pastores icarios, (más bandidos que pastores) que estaban sentados cerca del fuego, se levantaron respetuosamente ante el tribuno romano. Escuda engreído de su propio valer, satisfecho de sí mismo, sentía arder la sangre en las venas, y la cabeza le rodaba, bajo el efecto de la bebida maravillosa.

En el umbral se le acercó un hombre. Vestía extraño traje oriental, compuesto de una túnica blanca con anchas bandas rojas y sobre la cabeza un descomunal casquete de piel de camello, especie de tiara persa, con apariencias de torre.

Escuda se detuvo.

El rostro del recién llegado era fino, largo y delgado; su color amarillento aceitoso; los ojos diminutos y penetrantes, brillaban maliciosamente y todos sus movimientos estaban llenos de calma majestuosa. Era uno de esos nigromantes nómadas, que osadamente se hacían pasar por caldeos, magos y matemáticos.

Manifestó sin ambajes al tribuno que se llamaba Nogodarés. Estaba de tránsito en casa de Syrax y se dirigía desde la remota Hircania á las costas del mar Jónico para ver al célebre filósofo-teurgo Máximo de Efeso. El mago solicitó autorización para probar su arte, adivinando el porvenir dichoso del tribuno.

Se cerraron las puertas y los postigos de las ventanas. El medo manipuló en cuclillas y de pronto se produjo un estallido ligero.

Todos guardaron silencio. Una llama se elevó en una larga lengüeta roja entre las nubecillas de blanco humo que llenaban la estancia. Nogadarés apro-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

ximó á sus labios una flauta doble que gimió dulce y lánguida, evocando los cantos fúnebres de Lidia. La llama tomó un tono amarillento y se apagó momentáneamente para renacer de nuevo con reflejo pálido.

El mago arrojó al fuego un puñado de hierba seca, que se evaporó en aroma penetrante. Obediente al sonido plañidero de la flauta, una enorme serpiente salió de un cofre negro que el mago tenía á los pies; se desenroscó lentamente con sonido igual al de un pergamino que se despliega, agitando sus anillos de los que la vacilante llama avivaba el brillo metálico.

El mago comenzó á cantar con voz quejumbrosa que parecía llegar de muy lejos, repitiendo muchas veces la misma palabra: «¡Mara, mara, mara!»

La serpiente se enroscó en el cuerpo delgado del medo y acariciante, acercó su cabeza aplastada y verde, en la que brillaban los ojos, al oído del nigromante: se oyó un débil silbido como si el reptil hubiera murmurado su secreto al mago, quien arrojó al suelo la flauta.

Nuevamente la llama iluminó la habitación, que se llenó de espeso humo, mal oliente y asfixiante como una emanación sepulcral. Después se apagó. La obscuridad y el pánico reinaban; todos los asistentes estaban impresionados.

Cuando momentos después se abrieron las puertas y los postigos, dando paso á la luz plomiza del crepúsculo, no quedaban ni rastros de la serpiente ni de la caja negra. Todos los rostros estaban lívidos.

Nogadarés se aproximó al tribuno:

—¡Alégrate! un gran é inmediato favor te espera del gran señor Augusto Constancio.

Durante algunos instantes examinó con obstinación la mano de Escuda é inclinándose hasta rozarle con los labios la oreja, murmuró en forma que sólo el tribuno podía oirle:

—Esta mano está tinta en sangre... ¡en sangre de un gran príncipe!

Escuda se estremeció.

—¡Cómo te atreves, maldito perro caldeo!... Soy un fiel servidor.

El mago clavó en Escuda sus ojos escrutadores y respondió con ironía:

—¿Qué temes? Dentro de algunos años... ¿Acaso la gloria puede alcanzarse sin efusión de sangre?

El orgullo y la alegría llenaban el corazón de Escuda cuando á la cabecera de sus soldados salió de la taberna. Se aproximó á la fuente sagrada, se santiguó mojando los dedos en el agua salutífera, invocando en fervorosa acción á los santos Cosme y Damián, y con la esperanza de que no quedara sin cumplimiento la predicción de Nogadarés.

Después montó sobre su soberbio corcel de Capadocia y dió á sus legionarios la orden de marcha.

El draconario levantó la oriflama sobre su cabeza desnuda, dragón de tela púrpura y oro.

Cediendo al deseo de causar admiración á la multitud reunida á la puerta de la taberna, y aunque tenía conciencia del peligro que iba á correr, envalentonado por el vino y el orgullo, señaló con su espada la carretera brumosa y gritó á sus hombres:

—¡A Macelo!

Una exclamación se escapó de todos los labios; los nombres de Juliano y Galo fueron pronunciados.

El legionario, que marchaba á la cabeza de la columna, sopló en el romano cuerno retorcido, y el toque guerrero vibró en las montañas repetido por el eco.

II

Profunda obscuridad reinaba en el vasto dormitorio de Macelo, antiguo palacio de los señores de Capadocia.

El lecho de Juliano era muy duro: una tarima de madera grosera, recubierta de piel de pantera. Así lo había pedido el joven Juliano, educado en los principios severos de la filosofía estoica, por su preceptor Mardonio, admirador apasionado de la antigua sabiduría.

Juliano no dormía. El viento que soplaba con furia rugía como fiera aprisionada. Después seguía imponente silencio. Y en esta calma aterradora se oia caer gruesas gotas de lluvia de las grietas del techo sobre las sonoras losas del pavimento.

El fino oído de Juliano creía percibir algunas veces el tenue ruído del vuelo de un murcielago. Oía la respiración regular de su hermano, débil y afeminado, que dormía sobre blando lecho, bajo para-